

Impresiones de viaje a las ruinas de Cobá y Chichén Itzá

Teobert Maler

La pirámide misma [de Cobá], aunque consiste principalmente en escalones escarpados, retrocedientes, es, sin embargo, de una disposición bastante complicada, porque por el lado principal, a media altura, se alternan estas escarpas, tanto a la derecha como a la izquierda de la escalera central, con hileras de piezas, hoy derrumbadas, y además en ambos flancos se juntan a las laterales que parecen haber tenido escaleras secundarias, por donde se subía a los diferentes pisos. Sin desmontar todo este inmenso cerro, sería imposible poner en claro tan complicado plano. Yo me limité a desmontar sólo la plataforma superior, tomando únicamente el plano de ésta con su templo, de cuya fachada, agrupando a mis compañeros en derredor, tomé una vista fotográfica desde el altar de los sacrificios[...].

En nuestro siglo sólo ha sido visitado [Cobá] por uno que otro militar y por los cazadores de Chemax, pero nunca por un viajero europeo. Charnay, en su última venida al país, pretendió visitar Cobá; pero Charnay no era hombre para tales incomodidades y riesgos inseparables a tan lejana excursión, se desanimó por completo, limitándose a pasear un poco por Izamal y Valladolid [...].

Después de un trabajo incesante, por todo un mes, tuve limpias de vegetación todas las ruinas importantes de Chichén y había levantado todos los planos.

Pude ahora comenzar el trabajo fotográfico y para cada fachada esperé la hora más a propósito, para que resaltasen bien los detalles arquitectónicos. Este trabajo, ya menos penoso, me ocupó otro mes; y en fin, deseando no sólo reproducir lo que aunque imperfectamente se conocía por los trabajos de anteriores viajeros, sino añadir algo de mi parte, dediqué un tercer mes a hacer en templos y mausoleos derrumbados algunas excavaciones que me dieron inesperados y grandiosos resultados que el mundo científico, temprano o tarde, me agradecerá [...].

Los frecuentes y groseros abusos cometidos en nuestros famosos monumentos de la antigüedad, por verdaderos 'explotadores', no exploradores de ruinas, nos fuerzan a llamar una vez más la atención del gobierno sobre esta importante cuestión. ¿Es en realidad permitido que cualquier extranjero o hijo del país, se lance sobre estos templos y palacios de un glorioso pasado, tumbando las partes que se le antoje; perfore toda pared un poco gruesa en busca de recesos [sic] llenas de momias, trastes, tesoros... que no existen; o levante andamios, embadurnando con alguna inmunda mescolanza las más bellas y delicadas fachadas, haciendo caer al suelo junto con sus malditos moldes, estuco y piedra, arrancando además todo adorno, algo bien hecho y transportable para esconderle entre los mismos moldes y sacarlo del país, etc...etc...[sic]?

El que necesite dinero que trabaje como otros trabajan también; pero que no tome las ruinas de Yucatán para eso, vendiendo a gente extraña, moldes y piedras esculpidas que no le pertenecen.

Uno quizás de los más sobresalientes testimonios dejados por la pluma de Teoberto Maler (1842-1917) fueron sus *Impresiones de viaje a las ruinas de Cobá y Chichén-Itzá*, publicadas póstumamente en Yucatán en el año de 1932 y del cual hemos extractado el siguiente fragmento. Concebido como un proyecto mucho más amplio de exploración y divulgación, el libro sufrió tan larga espera debido a que Teoberto Maler tuvo problemas con el Museo Peabody, el cual financiaba la empresa. Por tal motivo se hizo una edición muy limitada de 500 ejemplares, gracias al empeño que pusieron varios yucatecos al darse cuenta del valor de la obra, pero al hacerlo se vieron obligados a reducirlo en contenido.

Es evidente que en estas impresiones se trasluce mucho de las intenciones y personalidad de Maler: su desmedido amor a las ruinas prehispánicas que lo llevan incluso a defenderlas de los arqueólogos de su tiempo, a los cuales coloca al nivel de depredadores modernos, que ostentándose como "artistas" destruían, saqueaban o, lo que era peor para el científico alemán, se atrevían a restaurar sin ninguna conciencia o método cometiendo verdaderos atentados contra las ruinas.

Con este enorme respeto Teoberto Maler, hace un registro fotográfico de las ruinas, valiéndose de todos los recursos como, deja entrever en el texto, construir un altillo de palos para obtener una mejor visión, desplazar las estelas que luego vuelve a colocar en su lugar o valerse del flash de luz magnesio para obtener los mejores contornos.

Arturo Aguilar Ochoa

Teobert Maler, *Impresiones de viaje a las ruinas de Cobá y Chichén Itzá*, Mérida, Yucatán, J.E. Rosado, 1932

Nosotros mismo ya hemos presenciado varios hechos de esta clase. Así por el año de 1888 venía toda una banda de americanos, pretendida comisión del Colegio de Harvard de Boston, que introdujo el cónsul americano de Mérida como "artistas" que venían a hacer unos dibujos, unas acuarelas, de las bellas ruinas de Labná. Aquellas ruinas, nosotros mismos las habíamos perfectamente desmontado y limpiado de vegetación, dejando todo intacto, así como lo habíamos hallado. Sin embargo, estos "artistas" mandaron venir, no de Ticul, donde hubiera llamado la atención, sino, para que no se sepa [sic] lo que hacían, de pueblos lejanos y de Oxkutzcab, unos cuarenta hombres que trabajaron durante tres meses en aquel lugar de ruinas [...].



Teobert Maler, *Chichén Itzá*, 1892. Sinafo-INAH, núm. de inv. 455313

Grande fue el asombro de mis hombres y se admiraron de mi instinto arqueológico cuando [en Chichén Itzá], al quitar las piedras de la bóveda caída y las lajas en parte quebradas, aparecieron intactos y buenos, conservando hasta restos de colores, estos catorce personajes con caras tan expresivas y adornos variados.

El tamaño de las figuras varía de 64 a 88 centímetros; podrían por consiguiente, sin ninguna dificultad, trasladarse al Museo Nacional de México, antes que la gente, siguiendo sus devastadores instintos, las maltrate y destruya.

Estas cariátides que datan de un tiempo muy remoto, representan tipos muy diversos que no se encuentran en ninguna otra parte; algunas me parecen representar ciertos dioses como los sabios americanistas podrán fácilmente precisar, examinando nuestras fotografías que, tomadas bajo un golpe de vista especialmente favorable, las representan con todos los detalles.

No fue empero cosa tan sencilla el retratarlas. Hallándose en la orilla del cerrito y algunas por el peso de los escombros, acostadas en el suelo, no había lugar de arreglarlas convenientemente. Tuve necesidad de abrir un caminito para abajo, valiéndome de la misma tierra caliza sacada de la excavación y bien paradas al pie oriental del cuyo [sic], una a lado de la otra, y tumbados los árboles que interceptaban la luz, en fin, fue posible el reproducirlas fotográficamente [...].

Quitados los escombros, formé grupo de las mejores cariátides para retratarlas. Saqué una vista general sobre toda la excavación, desde un altillo de palos que tuve que levantar en la pendiente oriental de la pirámide, para poderme parar con mi aparato fotográfico. En cuanto a los bajo relieves de los pilares, para cada uno, fue esperada la hora en que los rayos del sol cayesen oblicuamente sobre

ellos; y era admirable cómo esta luz rasante hizo resaltar en las fotografías hasta los menores detalles. Sólo las esculturas que daban al norte fue imposible reproducir de día, porque en aquel mes (en enero) el sol nos ilumina de lado sur. Tuve que acampar una noche en mi templo desenterrado para tomarlas con luz *magnesium*.

Esta delicada operación ofrece algunas dificultades, porque no basta con echar favorablemente la luz artificial sobre el objeto que se quiere reproducir, sino es preciso levantar una pantalla que impida que la luz caiga al mismo tiempo sobre el lente fotográfico, lo que velaría irremediablemente la imagen. También se dificulta mucho enfocar bien de noche [...].

Este fue mi último trabajo en Chichén. Estuvimos a fines de enero de 1892 y pude decir que tenía reunido en buenas fotografías, dibujos y planos, todo lo que la soberbia capital de los Itzaes encierra de interesante en su recinto.

La vida en estos montes me había sido penosísima. Alojado como he dicho en la pieza oriental, en el segundo piso del Palacio-templo de las Inscripciones, esperaba cada mañana la llegada de mis hombres[...]. Ahora, llegado el momento de abandonar para siempre el lugar de mis trabajos y penas, me dio tristeza dejar mi solitaria pero regia mansión. El hombre mira con hastío y disgusto los lugares donde ha perdido su tiempo en placeres dudosos; pero reserva un afectuoso recuerdo al lugar donde ha trabajado y sufrido [...] Subí a la última plataforma; y sentándome un momento en el altar de los sacrificios, eché una postrer mirada sobre el espléndido panorama, que desde aquel aéreo puesto se percibe[...]. Al fin bajé las escaleras del templo, para no volverlas a subir jamás, monté mi caballo, y tomé el camino de Pisté...